

LO EFÍMERO Y LAS AUSENCIAS FRENTE AL MAR

I

El lugar al que habíamos decidido ir con Valeria era “Punta Rasa”, un bello sitio a pocos kilómetros de San Clemente del Tuyú. El pueblo está frente al mar. Un mar precioso y azul. El asfalto aún no hizo estragos en la naturaleza propia del lugar. Para entrar al pueblo hay que hacerlo por un camino de tierra que cuando llueve hace muy difícil la llegada a destino. Un área inundable de acuerdo a cómo el Sol y la Luna van marcando su paso dentro del mar.

Es un pueblo que tiene un par de restaurantes, dos hoteles familiares y unas pocas viviendas de alquiler, grandes bosques sobre los que resuena el mar como un violín desafinado con una constancia admirable. El olor a salitre quemado y la sensación de humedad es muy difícil de olvidar aun hoy.

A los dos, este lugar nos había parecido hermoso de conocer. Justamente por esa sensación de naturaleza, el olor y el sonido del mar, las construcciones sobre la costa, con sus largas calles de tierra. Nos daba la sensación de ser único sobre la tierra. El azar, por un lado, hizo que lo conociéramos antes por las fotos de un amigo en común y enamorarnos de él. Por otro lado, no sabíamos que la experiencia de conocer ese sitio tan bello no sería nada buena.

Fue en esas charlas por sus calles de barro, donde fuimos a tratar de entender qué era todo lo que estaba vivo y muerto entre nosotros, y sin dudas la mayor estupidez que pudimos hacer. Hablamos descarnadamente del otro, evitando la solemne meticulosidad a la que estábamos acostumbrados. Hoy pienso también que no hubo necesidad de herirse tanto para creer que todo podía ser distinto.

Era un sitio donde queríamos vivirla en pareja, compartir bellos momentos porque las cosas entre nosotros aparentemente estaban bien, aunque teníamos nuestros conflictos cotidianos, aunque se puede decir que si no éramos felices, nos aproximábamos cada tanto a algo de eso, pero todo era teoría o mi teoría, después supe que era sólo estrictamente mío.

Caminando por esos sitios, parece que las cosas suceden y se ven de una manera muy distinta. A veces trágicas, a veces amorosas, otras cómicas, y otras simplemente insulsas. Algo de eso fue lo que comenzó a suceder mostrando esa manera tan rara, tuya y mía, de enfrentar nuestras dificultades, desde ese martes en que llegamos aprovechando nuestras vacaciones de invierno.

Después de esos días algo cambió radicalmente. Quizás fue porque supimos que la vida de ambos debía tomar otro rumbo. Un rumbo que ninguno de los dos tenía previsto, pero que desde lejos a lo mejor se visualizaba.

II

Cuando miro hacia atrás, y me detengo en todo lo sucedido, me veo y nos veo como en una película en blanco y negro. En una horrible película que tenía escenas bellas. Será que lo significo así desde el dolor que me produjo y aún produce. Dolor real.

Insisto en reconocer que no hubo necesidad de ser tan brutales entre nosotros. Habíamos armado una vida cotidiana llena de luz con algunos conos de sombras, pero sobrevivíamos muy bien. Nos queríamos, o esa era la impresión. Nos respetábamos. Sentíamos deseos por el otro. Disfrutábamos de los momentos que decidíamos compartir. Más allá de las cosas que no compartíamos, que a veces eran muchas. Pero ni siquiera eran motivo de discusiones ni de peleas. Éramos como una orquesta donde los instrumentos sonaron afinados al principio, pero después cada uno tocaba distintas melodías. Y eso dificultó tanto las cosas.

Ya no te odio. Creo que nunca te odié. Pero sí me decepcioné con vos. Me dañaste, nos dañamos, y lo peor es que estoy seguro de que no había necesidad.

III

A veces me duele tanto lo que pasó y lo que no pasó entre nosotros que prefiero que el tiempo me haga olvidar de a poco, de a gramos, de a mordiscos. Es como si hubiera sido un sueño, un maldito y bendito sueño. Un efímero número creciente de sensaciones que experimenté por vos, y que tengo que guardar en algún lugar de mi corazón y de mi cerebro, pero no sé bien en dónde. Y no saber qué hacer duele, a veces, bastante porque a la hora de despertar veo que la realidad fue muy distinta, que estás tan lejos y que nunca estuviste cerca como en algún momento me pareció, sólo estuviste cerca de a rayos, de a ratos, cuando te sentías mal o insegura, o fastidiosa o desanimada ; y yo servía de colchón para esa tristeza tuya, y te acompañaba desde donde podía y desde donde me dejabas.

Pero sentí tu egoísmo porque al momento de compartir conmigo esa fortaleza de mujer que tenés, y darme ánimos, te borraste de todos los lados donde puedo encontrarte. Y ya no me hablás, ni siquiera una mínima señal de humo y no dejás que ni una sombra tuya se acerque a mí.

Aunque no lo creas, fuiste importante en mí, más de lo que te dije, más de lo que supiste, más de lo que te pude expresar. Y ahora es una pena descubrir que todo fue una farsa. Porque después de recuperar tus antiguas formas de mirar el mundo, y ese dolor ácido que te lastimaba desapareció y volvió a vos esa fortaleza de mujer que le entra de frente a la vida; me dejaste al costado de tu vida, como si me hubieras olvidado, o peor aún, como si nunca hubiera existido. Como si los recuerdos y esa alegría ajena por vos que sentía cuando me decías que todo marchaba fantástico y te veía reír, jugar con todas tus ilusiones y escuchaba tus planes, no hubieran servido para nada. Pero ahora es como si todas las horas compartidas fueran un invento de mis horas amargas, de esas horas de la tarde en que el sol dibuja imágenes magenta que se integran a mi soledad.

Hoy miro a la distancia, a la sombra de nuestras inquietudes, de nuestras soledades que se acompañaban y a su vez se lastimaban, y que a veces sobre exigían sobre el otro cuestiones que nunca se iban a cumplir. Pero a su vez el otro cargaba con la decepción de la imposibilidad de esos deseos que nunca pueden llegar a destino. Esos destinos difíciles y encorvados, defenestrados por nosotros mismos.

El fracaso podía ser el destino. Así fue.